



## La Tierra no es el Cielo

Una de las verdades más evidentes es la de nuestra insignificancia, la de nuestra limitación y pequeñez.

Por todas partes vemos nuestra impotencia absoluta que nos humilla y amenaza.

El hombre no lo puede todo; no puede casi nada.

No sólo no puede cambiar el curso de los astros, ni alargar el día o la noche, ni el calor, ni el frío, ni la lluvia, ni la sequía, teniendo que adap-

tarse a estas situaciones sucesivas, le agraden o no, le convengan o perjudiquen; sino que se ve en un mundo en que es mero espectador y usufructuario sin poder añadir o quitar una pieza al conjunto, sin poder alterar la marcha uniforme y continua de todo el universo, que funciona con una fuerza irresistible.

El hombre es un polvo, nada en el conjunto del mundo.

No puede intervenir en la vida. Las plantas siguen su ciclo vital imperturbable. El olivo es milenario; el pino y otros árboles tienen larga vida; los perales viven menos; el trigo se desarrolla en menos de un año. Los árboles son los gigantes de la creación; las hortalizas crecen poco; los unos dan fruto; otros, no; unas plantas tienen el fruto de una forma; otras, de otra...

El hombre cosecha el trigo como lo recogería Adán, de una planta herbácea en el extremo del tallo.

Ni aun en sí mismo puede nada.

No puede cambiar su organismo, dándole otro funcionamiento, prescindiendo por ejemplo del corazón, o de los pulmones o el cerebro. Ni siquiera accidentalmente puede casi nada; por ejemplo cambiar de sitio los ojos, como lo hace con las ventanas de su casa; o aumentar un ojo o una oreja, una mano...

El molde, el plan es irreformable.

Aun en la marcha ordinaria se ve apurado para lograr su empeño de volver a la vida normal, a la salud, cuando sufre alguna alteración.

No está en su mano nacer cuando quiera, ni vivir como quiera, ni morir cuando quisiera.

Muy poco puede también en el orden moral.

No tiene dominio para transformar a los demás a su gusto, para cambiar las ideas, los criterios, los gustos, el carácter...

Los padres, los educadores saben la lucha incesante que supone su labor y las resistencias que hallan frecuentemente en naderías.

¿Por qué no se convencerá? ¿Cómo no lo verá? decimos. No podemos entrar dentro de aquel corazón y arrancarle aquella terquedad, aquella indolencia, o ingertarle un poco de sentido moral.

No es que no se pueda hacer nada, pero que es labor de esfuerzo, de virtud, de perseverancia y sobre todo de la gracia divina.

Sin embargo, el vulgo suele reflexionar poco y se deja alucinar fácilmente por cualquier halago, aunque sea absurdo.

Los adelantos de las ciencias y de las artes le han hecho creer que el hombre tenía ya el secreto de todas las cosas y que ya no había nada imposible para el hombre.

El necio vulgo ha querido creer que se podía hallar remedio a todo menos a la muerte; que la ciencia ha conseguido, o lo conseguirá pronto, curar y evitar las enfermedades y el dolor, aprovechar mejor las fuerzas de la naturaleza, hacer más fácil y abundante la producción; y las maravillas de la organización y de la educación y de la cultura harán a los hombres nuevos y perfectos y segura la convivencia humana, armónica y placida.

Pero los hombres nacen y mueren lo

# El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XLIII

Zaragoza, 1 de Agosto de 1941

Núm. 956

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica (por ahora) los primeros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle Mayor, 6, 2.º decha.

**SALUDO A FRANCO !! ARRIBA ESPAÑA!!**

**Un ejemplar 2 pts. al año; 10 ejemplares 10 pts.; 100 ejemplares 100 pts.**

Cuarta página, con original propio para Parroquias, Asociaciones, etc. Pídanse precios y muestras

Ayuntamiento de Madrid



mismo que antes; siguen teniendo pesiones, ambiciones, odios y luchas como antes y más que antes.

No es verdad que todo tenga remedio.

León XIII ya lo hizo notar en su Encíclica "Rerim Novarum": "... se les ha hecho creer a los obreros que todos los males tienen remedio en este mundo."

Es cierto, es bien claro todo lo contrario.

Por eso es preciso que el hombre sepa sufrir, porque tendrá que hacer frente a muchas contrariedades de su alma y de su cuerpo; de los suyos y de los extraños; de los hombres y de los elementos.

El sufrimiento es condición de nuestra vida.

Hay que saber sufrir.

Sufrir lo que sea, lo que venga; las convulsiones y peligros de la guerra, las consecuencias de la lucha, las perturbaciones económicas, la escasez, la

carestía de la vida, la pobreza, el hambre, el vestido gastado, la incomodidad de la habitación, el calor, la lluvia, el polvo, el viento, la enfermedad, la incompreensión de las personas con quienes tratamos, la antipatía, los modales groseros, la insolencia, la envidia, la torpeza, la ambición y el egoísmo, la pesadez, la ignorancia..., lo que sea.

Después de una guerra tan terrible como hemos pasado debíamos haber aprendido a sufrir y todo nos debía parecer llevadero y aun alegre viéndonos libres y con la paz indestructible que el Señor nos ha concedido. Nuestra vida debía ser de alegría y gratitud; de pureza y de lealtad decidida.

Hay que saber sufrir.

Y saber sacar provecho del sufrimiento.

No ha de soportarse como una fatalidad.

Es una ocasión de ejercitar la virtud.

El impaciente, el que no sabe sufrir,

se queja de todo, tiene una visión penosa y pobre del mundo y hace sufrir a los que le rodean.

Es elemento adecuado para la murmuración, el descontento y la rebeldía.

El paciente es sumiso, manso, disciplinado; es elemento armónico en la familia y en la sociedad. Donde está hay una suave fragancia de bienestar.

Y es que logra la felicidad ajena a costa de la suya propia.

Pero consigue también su dicha porque Jesús ha dicho: "Felices los mansos porque ellos poseerán la tierra".

El mundo no lo entiende así. No piensa en otra vida y quiere aquí su paraíso, paraíso de locura, de engaño y de miserias.

Nosotros sabemos que este mundo no es el cielo, que es tiempo de expiación, de sufrir y merecer en la otra vida el cielo.

TOMAS

## REINA Y MADRE

Al cielo ha subido la Virgen de un vuelo; como una centella de divino fuego.

Ya pasó esta vida; ya pasó el invierno. ¡Qué vida la suya de martirio lento!

¡Qué vida tan santa! ¡Asombro estupendo! Nadie como Ella en el mundo entero.

Era la escogida en el universo; Ella la más santa que ha entrado en el

que es Rey de los cielos; y Dios le ha entregado la corona y cetro.

Por eso es la Reina que tiene su imperio en todos los seres grandes y pequeños.

Reina de los ángeles que le están sirviendo; Reina de los santos que gozan su premio.

Reina de los hombres que están en el tiempo; Madre de los malos, Madre de los buenos.

Ella da la gracia, Ella da el aliento; salva del pecado

y hace al hombre nuevo

Ella da la vida del alma y del cuerpo; Ella es nuestro gozo, en este destierro.

Es nuestra esperanza en este desierto; nuestra fortaleza en todo lo adverso.

Ella es la alegría del joven y el viejo; es la confianza del día tremendo, en que nuestra vida aquí terminaremos y Ella nos defienda ante el Juez Supremo y nos dé la gloria por siglos eternos.

MARIANO



## TRIBUNAL BARATO

—Con su permiso, señor Mago...

—Usted lo tiene.

—Perdone usted que entre con tan-

ta precipitación y tan pocos modales; estoy sofocadísima... creo que voy a estallar.

—Cálmese usted y tome asiento y luego ya me dirá lo que desea.

—Estoy indignadísima; parece que todo el mundo se ensaña contra las pobres mujeres indefensas. Somos el hazme reír de la creación. Todos nos maltratan y desacreditan. Nos vigilan y no nos dejan ni a sol ni a sombra. Se nos meten en todo, en la mantilla, en si llevamos medias o mangas o escote o falda ceñida y transparente. Todo el mundo con cincuenta ojos y uñas y dientes para morder. No nos metemos nosotras en cómo van los hombres, son dueños de ir como quieran. Y los que más se preocupan y hablan son las personas que pasan por cristianas y los mismos curas que no paran en sus sermones de hablar contra el escándalo de la inmoralidad! Parece mentira: nos quieren cubrir de ignominia y que al vernos huyan de nosotras o pretenden convertirnos en seres ridículos y cursis con vestidos de ancianas decrepitas y rasnochadas.

—Señora, le he dicho a usted que se calmase, pero no ha sido así; ya le he dicho usted que iba a estallar; quizás ahora, que se ha desahogado, esté más tranquila.

—No señor, esto no puede ser. Será preciso que la autoridad tome parte y nos defienda y garantice la libertad de cada uno y vele por la cultura. He venido a este TRIBUNAL para protestar y me encuentro con ese animal que tiene usted en la entrada...

—No tengo ningún animal, ¿algún perro?—sería forastero.

—No, señor; ese hombre, o lo que sea, que por poco me despedaza...

—¿Le ha pegado a usted?

—No señor; poco le ha faltado, pero peor aún; me ha maltratado del modo más soez; me ha llegado a decir que parecía... no lo quiero pronunciar porque me avergüenza.

¡Atención, suscriptores! La Administración de El Eco de la Cruz

Ayuntamiento de Madrid



—Eso es lo chocante, que se avergüenzan ustedes de que se les digan y no se avergüenzan ustedes de parecerlo.

—¿También usted, señor Mago? Esto es el colmo.

—No le he querido interrumpir a usted porque estaba usted furiosa y tenía usted que descargar, y ha sido buena granizada, pero no crea usted que porque se desahogue y nos harte de injurias vamos a dejarla en paz con su berrinche como a los niños tercos y obcecados. Ha dicho usted una sarta de sandeces. No está todo el mundo contra ustedes; ¡qué ha de estar!— ¡ojalá fuera verdad!—Ese es el mal, que la mayor parte del mundo contempla esa degeneración del desnudismo con indiferencia afectada, con verdadera complacencia y complicidad y por eso no surten efecto las escasas medidas que se toman. Los sacerdotes predicán en el desierto; se ven desoídos aun por las personas piadosas que se sienten arrastradas por esas modas. ¡Como si el ser moda fuera razón para la inmodestia! Sólo un número muy reducido—afortunadamente más numeroso cada día—tiene el verdadero sentimiento y estima el pudor público. Dios no cambia y tampoco su ley; confiamos en que pasará esta turbonada de paganismo y volverá el buen sentido a esas cabezas locas, para las cuales ya no es el cristianismo el timbre de su grandeza y la vida de su alma.

—¿Señor Mago, por Dios!

—Déjeme usted ahora a mí...

—¿Aún más?

—Se queja usted sin razón. Es al contrario. Nosotros tenemos que quejarnos amargamente de ustedes, que han envilecido las costumbres. El cristiano debe parecerlo, y la mujer cristiana que era lo más delicado y puro de la sociedad cristiana, que todo lo elevaba con su fe y perfumaba con el encanto de su modestia; ahora es al revés; es ella la que con su desnudez y sensualidad excita la relajación de las costumbres. Mucho se ha hablado y se ha escrito, siempre inútilmente. Sería preciso que las personas prudentes y amantes de la virtud, tomasen una determinación seria y—ya que no sea posible arrojarlas a latigazos de la sociedad—al menos aislarlas socialmente, creyéndose ofendidos por su presencia inmodesta.

Desde luego aquí no venga usted más en esa forma.

—¿Macario!

—¿Señor!

—Cuando venga alguna persona vestida con poca decencia, no le permitas la entrada.

—Está muy bien. Si ya se lo hiciera yo a su mercé. No hay más que el garrote que tengo detrás de la puerta, y que nos dejen en paz. Pero no sincomode, que corre de mi cuenta, que ya no se meterá denguno en este

Trebal que no vaya como Dios manda. ¡Si es una vergüenza! ¡Hay que ver cómo van hasta los crios! Luego dicen los padres que no puen con las mozas. ¿Y con los crios? porqué los llevan de esas maneras? No sapure, que ya le digo que no pasará más.

—No las maltrates—aunque lo merezcan—; díles solamente que no pueden entrar porque no van decentes. Tienes razón, merecían esos castigos. No se atreven sólo a presentarse en público; no temen ni entrar al templo, que profanan con sus desnudeces. Jesús arrojó del templo a los mercaderes, ¿qué pensará de estas cosas? ¿Qué hará? Todo el que ama a Jesús pone sus ojos en Él, prendado de su hermosura divina; Jesús es su Modelo y su Maestro y pasa su vida en el gozo de imitarle cada vez mejor. La Virgen Santísima es la más santa de las criaturas, la copia más perfecta de Jesús; por eso es el encanto de todas las almas cristianas, que tienen su anhelo en servirla e imitarle. En este mes parece que difunde con más intensidad una ráfaga celestial y eleva los corazones hacia la gloria y nos hace sentir ambiciones de otra vida. Quiera la Virgen nuestra Madre infiltrar en las almas el sentido cristiano, que sientan los atractivos de la virtud y gocen de sus encantos.

—¿Señor!

—¿Que te ocurre, Macario?

—Que me ha ocurrido una idea que me paice que le paicera a usted de primera.

—Tú dirás.

—Que podía venir el Grabiél pa ayudame en lo que himos dicho.

—No te entiendo.

—Es que él tiene mucha fuerza y traíría otro garrote comol brazo.

—¿Pero para qué?

—Pa endrezar a las que van mal vestidas y quisián entrar u te se quisián tirar a la cara, que algunas son de mu malicas ideas...

—¿Anda, anda, que no se puede contigo; te he dicho que no las dejes entrar, pero nada de maltratarlas. Gabriel es un enredador y de seguro que te ha dicho algo. No le hagas caso y encomiéndalas a la Santísima Virgen, que es Madre de pureza.

—¿Señor!

—¿Qué pasa?

—Que aquí hay unos crios que quén pasar y yo no quería, pero s'empañan. Son unos mocosos. A pedir será que van esgarraus.

—Que pasen; a los niños era a quienes más quería el Señor, y más siendo pobres.

—¿Ave Mara Purísima!

—¿Adelante, adelante! ¡Pobrecicos!

¿Queráis una limosna? Ya os voy a dar, ya os voy a dar.

—Si no pedimos. Somos hijos de don Ciriaco.

—¡Vaya! ¡Hijos míos, si parecéis unos salvajes! Sin ropas ni nada. ¿Habéis ido a bañaros?

—No señor; vamos así en verano.

—Habéis de ir bien vestidos. Lo primero en los días de fiesta, hacer las oraciones de la mañana, vestiros bien, con los trajecicos de fiesta, y a misa.

—Sí; todos los días rezamos y los domingos que no tenemos que ir al campo vamos a misa y a comulgar.

—Aunque salgáis al campo, lo primero es ir a misa, porque si no pecaréis y pecarán vuestros papás; y procurad ir al catecismo.

—Pues entonces ya se lo diremos a papá que nos lo ha dicho usted.

—Sí, hijos míos, sí; tomad una estampica; y otro día no salgáis a la calle de esa forma, que está muy mal y no le gusta a Dios veros así.

¡Macario! No dejes entrar a nadie que vaya indeciblemente vestido, aunque sean niños, que esto es una vergüenza.

EL MAGO

## Ecos del Sagrario

¡Señor!

Me has dicho que eres el Pan de la vida.

¿No era bastante para apetererlo con el mayor afán?

Quiero que seas mi mayor anhelo, mi único anhelo.

Tú sostienes la vida.

La vida del alma, sobre todo, con toda su fe,

con todas sus esperanzas celestiales con todo su amor

con toda la hermosura de sus virtudes

con todo su vigor y fortaleza.

Entiendo que así como el alimento realiza su fin de sustentar, después de comerlo, porque entonces se incorpora a mi propia sustancia; así también comprendo que Vos, después de entrar en mi pecho, realizáis esa incorporación misteriosa de mi alma.

Vuestra acción no termina con la breve visita sacramental. "Vendré a él y en él haremos nuestra casa" dijisteis.

Dadme, Señor que no estorbe vuestra labor, que sienta vuestra acción divina, vuestra presencia continua como una prolongación de esa comunión con que iniciáis cada día mi reconstrucción y sostenimiento espiritual.

J. ADELAC

T. E. "EL NOTICIERO" — COSO, 79 — ZARAGOZA

se ha trasladado a la calle Mayor núm. 6, segundo derecha  
Ayuntamiento de Madrid



**Una mirada a la Tierra**

**UNA FABRICA DE ACEITE**

Vamos a dar hoy un vistazo a una fábrica de aceite.

El hombre usa el aceite desde tiempos muy remotos y en cualquiera parte podemos encontrar un humilde molino primitivo.

La industria no puede ser más sencilla. Moler la oliva y prensarla para exprimir el jugo.

Un ruego de piedra movido por un asno (como nos pinta ya el Evangelio en su tiempo), rueda sobre una base circular de piedra en donde aplasta y muele la oliva. La oliva molida es retirada y sustituida continuamente por otra nueva para que la labor sea incesante. Después colocan la pasta molida en unos capachos y prensan fuertemente la oliva y fluye el aceite limpio por entre el esparto del tosco tejido.

Esto exige el trabajo de varios hombres, de muchos, a veces, para alimentar el ruego y la prensa. El trabajo es pesado y sucio; montones de sacos de oliva; oliva hacinada en grandes montañas; aire enrarecido y maloliente; sacos, herramientas, vasijas, todo sucio y repugnante. Las fábricas modernas han transformado esta industria dotándola de nueva maquinaria, de limpieza e higiene. En lo fundamental es lo mismo. Moler la oliva y prensarla.

Las fábricas de aceite no hacen aceite; no hacen más que extraerlo.

Con todo ese enorme trajín incesante de acarreo y manipulaciones en turnos ininterrumpidos, grandes edificios, almacenes, depósitos; con fuerzas potentes hidráulicas o eléctricas no hacen ni una gota de aceite.

El hombre tampoco sabe hacer aceite.

El aceite lo hacen los olivos.

Salgamos a las orillas del pueblo.

La vista se pierde en un mar de olivos centenarios, de copas opulentas como señores del valle, que han visto siempre; son aroma de tradición y de riqueza que han mirado con gratitud y avaro respeto los dueños del terreno. El olivo es una riqueza.

Aparece en la primavera la menuda florecilla que escarcha la fronda y llena de alegría al vecindario con el bello anuncio de espléndida cosecha. Luego apunta el granillo de oliva que va creciendo lento hasta que llegan los primeros fríos. Al revés que las demás plantas—casi todas—que duermen el sueño invernal, la oliva engorda con el frío, se tinte de un negro lustroso y dobla las ramas con su peso.

Si penetramos en el olivar, dentro de la suave penumbra que filtra el bello ramaje, gozamos de un encanto singular. El labrador siente además el contento de ver colgar el pesado fruto que amenaza romper las ramas.

Estamos en plena fábrica de aceite. Nada de acarreo, construcciones, almacenes, aire viciado... Cada olivo, más aún, cada oliva es una fábrica. Mirad esa linda oliva de piel tersa y fina, con ese grupo de hojillas como un alarde primoroso de un artista. Y aquella otra, y su vecina, y aquel grupo... Están arracimadas... es un encanto.

Aquí es donde se verifica la misteriosa elaboración del aceite; aquí es donde está ese laboratorio químico y vital en que la sustancia áspera e insípida de la oliva verde va cambiando lentamente, y precisamente con el frío, va llenándose y va transformando su jugo en el líquido denso y fluido que sazona nuestra comida, que suaviza el cerrojo de nuestra puerta, que ha sido el primer lubricante, el que ha ardiendo en el candil primitivo alumbrando el hogar, el que arde en la lámpara del Sagrario y unge al que nace y al que muere y ha sido medicina estimable de muchas dolencias. No hay fábrica más hermosa, más sencilla y más higiénica.

El hombre ve todos los años esta transformación y la contempla con gozosa codicia sin hacer otra cosa que recoger el fruto maduro y utilizarlo.

El sabio espía sagaz esa evolución que se hace a su vista y no llega a penetrar la fuerza secreta que agrupa en síntesis misteriosa los elementos del preciado jugo.

Y así se hace el aceite, como en el siglo pasado, como en los tiempos más remotos de la historia cuando llevaban los pastores y los sacerdotes el cuerno de aceite.

Y así en la hondonada vecina y en el pueblo próximo y en toda la región, brotando en las ramillas las olivas que se llenan de jugo y dan luego esas cantidades enormes de aceite que abastecen a todos los habitantes y les dan ese regalo de suavidad para su comida y para tantos usos.

Y el hombre que goza de esos frutos no sabe ver esas maravillas que él no sabe hacer; ese derroche desperdiciado por todos los campos en un alarde de poder, de belleza y de bondad de Dios.

Juan de la Cruz

BIBLIOTECA DE  
OBRAS PUBLICADAS  
(Premiadas en el Concurso Villahermosa — Guaquí)

LA EUCARISTIA Y LA COMUNION DIARIA, por el M. I. Sr. D. Juan Buj. Precio, 2 pesetas.

LA BRUJA BLANCA. Las dos partes en un solo volumen, 3 pesetas.

LAS AVENTURAS DEL DIABLO, por Julio Ascanio, con muchos grabados geniales, 250 ptas. (Agotada).

MEMORIAS DE UN SOCIALISTA, por Julio Ascanio, quinta edición, 0'80 pesetas.

LA ARANA O LA CASA DEL CRIMEN, novelita de gran interés, por Julio Ascanio, 1 peseta. (Agotado).

**Palabras del Papa**

Acudid a aquel Corazón divino, manso y humilde, fuente de consuelo en toda buena obra hecha en su nombre, y por su amor, en favor de los que sufren, de los que padecen, de los abandonados del mundo, y desheredados de toda clase de bienes. Ha prometido en recompensa la eterna bienaventuranza: "Vosotros, benditos de mi Padre". "Lo que habéis hecho al más pequeño de mis hermanos, me lo habéis hecho a Mí". (Discurso de S. S. Pío XII, en el aniversario 50 de la Encíclica "Rerum Novarum").

**Sobreprecio**

Doña Elisa Santamaría, Marcilla; Superiora del Colegio del Pilar, 25 pesetas por 2 ejemplares, Vitigudino; don Hermenegildo Bonafonte, Sos del Rey Católico; doña María Gracia, Zaragoza; señorita Valentina Pérez, Zaragoza; don Manuel Pérez, Navalpalo; don Isidro Martínez, La Muela; Hermanas de Santa Ana, Allo; Micaela Argüelles, Madrid.

Dios se les pague.

La Eucaristía y la Comunión diaria, por el M. I. Sr. D. Juan Buj.—Obra de permanente actualidad. Su autor fué el verdadero Apóstol de la Comunión diaria en nuestra región y aún fuera de ella, anticipándose con clarividencia sorprendente a Pío X. Ideas luminosas, lenguaje cálido, piedad honda del alma que siente la dicha de ver y amar a Jesús en la Eucaristía.—Precio, 2 pesetas.

Precios de suscripción de "EL ECO DE LA CRUZ" que rigen desde 1.º de enero de 1941

1 ejemplar .....	2 ptas.
2 " .....	3 "
3 " .....	4 "
4 " .....	5 "
5 " .....	6 "
10 " .....	10 "
100 " .....	100 "
500 " .....	400 "
1000 " .....	800 "

EL ECO DE LA CRUZ, con original propio en la cuarta plana es muy útil para "Hojas Parroquiales", "Asociaciones de Antiguos alumnos", "Boletines" de Patronatos, Juventudes.

Para las Parroquias, Círculos, Patronatos, Colegios, Fábricas, es "El Eco de la Cruz" un periódico de propaganda social y religiosa sana popular.

Ayuntamiento de Madrid

Por el M. I. Sr. D. Juan Buj.

Obra eucarística de permanente actualidad.

Precio: 2 pesetas.